



Ilustración: LETRAS LIBRES / Manuel Monroy

Cantos pápagos

GABRIEL ZAID

Los pápagos fueron renuentes a la vida sedentaria, lo que atizó el desprecio de otras comunidades. Sus cantos muestran, a su vez, complejidad musical y refinamiento.

L

A FRONTERA DE México y los Estados Unidos dividió el territorio pápago. Ahora viven en reservas del sur de Arizona (unos veinte mil) y rancherías del norte de Sonora (unos trescientos).

En 1698 recibieron con regalos al padre Kino, que fue el primero en escribir sobre ellos (“Relación diaria de la entrada al noroeste”, apéndice de *Las misiones de Sonora y Arizona*, México: Porrúa, 1989). “Nos recibieron en tanto número los muy amigables y finos naturales que se asombró el señor Teniente” (p. 399). Trató de evangelizarlos y enseñarles el cultivo de árboles frutales, ganadería y minería. Pero murió en 1711, y todos los jesuitas fueron expulsados de la Nueva España (y el Imperio español) en 1767.

Según Margarita Nolasco Armas (“Los pápagos, habitantes del desierto”, *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, xvii, 1964, pp. 375-448), muchos pápagos emigraron de Sonora a Arizona. En 1900 había

850; en 1930 quedaban 535; en 1963, cuando hizo trabajo de campo en sus rancherías, eran unos 450.

Según Horacio Sobarzo (*Vocabulario sonorenses*, Hermosillo: Instituto Sonorense de Cultura, quinta edición, 2007), se llaman a sí mismos “gente de desierto” (*papabi-o’otam*). Fueron enemigos de los apaches. Están emparentados con los pimas (sus lenguas son parecidas). Pero los pimas se volvieron agricultores y despreciaron a los pápagos, recolectores y cazadores renuentes a la vida sedentaria.

Según Francisco R. Almada (*Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses*, Hermosillo: Instituto Sonorense de Cultura, tercera edición, 1990), ya en 1750 José Rafael Rodríguez Gallardo (*Informe sobre Sinaloa y Sonora*) escribió que eran pocos y despreciados, “pues casi andan en cueros, comen crudo y no tienen la vislumbre de la política”.

El desprecio es gratuito, a juzgar por el refinamiento de sus cantos.

Según Concha Michel (*Cantos indígenas de México*, México: Instituto Nacional Indigenista, 1951, p. 81), Ángel E. Salas recogió la letra y música de un “canto

mágico que los pápagos ejecutan en sus ceremonias religiosas para adormecer [¿arrullar?] al sol transfigurado en forma de águila”. La escala pentáfona en la que está concebido corresponde a una liturgia solemne. “Desgraciadamente, no ha sido posible traducirlo.”

Movalí, movalí,
movalí, movalí,
ha movalí, ha movalí.

Abundan los estudios, libros y videos sobre los pápagos. Algunos recogen sus cantos.

CANCIÓN PARA LAS CARRERAS
Al oeste sonaban las canciones.
Animado, me apresuré.
Me topé el viento hostil
y lo pateé como pelota.

Al oeste sonaban las canciones.
Animado, me apresuré.
Me topé con el sol
y lo pateé como pelota.

Me adelanté en la carrera,
me adelanté en la carrera.
Con una nube en la cabeza,
me adelanté en la carrera.

Pateo mi pelota.
Vuela sobre la pista.
Cae en el follaje.

El gavián trazó la pista,
el gavián trazó la pista,
sobre la cual ganaste.

Entusiasta llegó el corredor,
entusiasta llegó el corredor
y ganó un corazón de gavián.

Fuente: Ruth M. Underhill, *Singing for power. The song magic of the Papago indians of Southern Arizona*, University of California Press, 1938, pp. 155-156.

SORTILEGIO NOCTURNO
¿Cómo empezaré mis cantos
en la noche azul que está llegando?

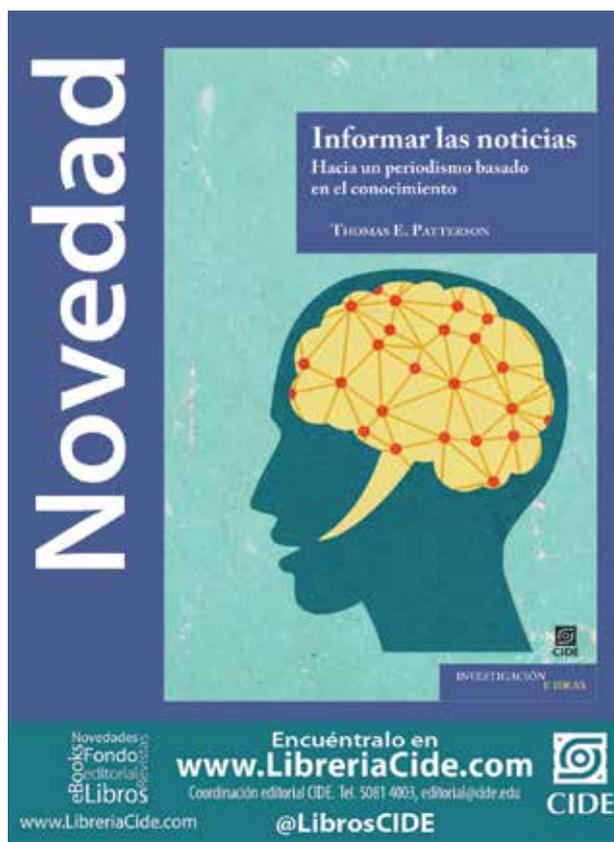
En la gran noche mi corazón saldrá afuera.
Las sombras vienen hacia mí sonando.
En la gran noche mi corazón saldrá afuera.

CANCIÓN DE LA MADRUGADA
Me levanté temprano en la mañana azul.
Mi amor se había levantado antes que yo.
Vino corriendo hacia mí desde las puertas del alba.

CANCIÓN DEL CAZADOR
En la montaña,
la presa moribunda
me miraba con los ojos de mi amor.

Fuente: José Coronel Urtecho y Ernesto Cardenal, *Antología de la poesía norteamericana*, Madrid: Aguilar, 1963, pp. 22-23.

FUE EL VIENTO
El viento nos dio vida.
El viento que sale de nuestras bocas nos da la vida.
Cuando deja de soplar, morimos.



En la piel de la punta de nuestros dedos,
podemos ver el sendero del viento.
Nos muestra por dónde soplaban
cuando fueron creados nuestros ancestros.

Fuente: José Emilio Pacheco, “Poemas indígenas de Norteamérica”, *Proceso* 282, 29 de marzo de 1982, pp. 50-51.

ORACIÓN PARA QUE LLUEVA

Señor, araña el aire y brota tierra,
araña el fuego y brota tierra,
araña el agua y brota tierra,
araña la tierra y brota mi sangre.
Que llueva, Señor, que llueva,
que llueva.

AMANECE

Amanece y me voy.
Estoy amaneciendo.
Amanecido voy con la claridad a cuestras.

Con la claridad a cuestras, voy.
¡Ah! ¡Ah! ¡A'am!

LA NUBE PASA

Viene la nube
y llueve en el monte.
Ya se fueron
la nube y el chubasco
cantando.

CANCIÓN DE LA PITAHAYA

Roja está la pitahaya
y azul la noche del amanecer.
Iremos con carrizos largos
a recolectar.

¡Roja está la pitahaya!
¡Vamos, vamos,
antes de que despierten
el carpintero, el cardenal
y las palomas torcaces!

INDAGACIÓN

Donde las montañas
se entrecruzan
allá en lo más alto,
no sé dónde,
allá indagué
por mi memoria
y mi corazón
que andaban perdidos.

CANCIÓN DEL MAÍZ

En el surco,
junto a la esquina,
el maíz crece verde,
crece verde.

Veía las espigas de maíz
ondear en el viento
y silbó suavemente de alegría.

Fuente: Alonso Vidal, *Los testimonios de la llamarada. Cantos y poemas indígenas del noroeste de México y de Arizona*, Hermosillo: Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Sonora, 1997, pp. 45-49.

CANTO DEL ÁGUILA

Un águila camina.
Está caminando hacia mí.
Sus plumas largas sopladadas por la brisa.

Un gavián corre.
Está corriendo hacia mí.
Su plumón rizado por el viento.

Fuente: John Bierhorst, *The sacred path. Spells, prayers and power songs of the American Indians*, Nueva York: William Morrow and Company, 1983, p. 133.

CANTO AL CREADOR

Nuestro gran creador:
Tú siempre has estado con nosotros.
Por eso te pido que veles por nosotros.

Nos diste la Tierra,
nos diste las nubes,
nos diste el agua
y comunidades para vivir.

Te pedimos que nos ayudes
para que todo lo que hagamos salga bien
y que nunca nos abandones en el camino.

Eso es lo que te pedimos,
nuestro gran creador.

Fuente: *Tobono o'odbam*, documental sobre los pápagos de Pozo Prieto, Caborca, Sonora, filmado el 12 de agosto de 2013, como parte de la serie “Pueblos indígenas en riesgo” de Guillermo Monteforte. Disponible en YouTube, con subtítulos en español. —